

Diego RAMIRO FARIÑAS y Michel ORIS (eds.), *New approaches to death in cities during the health transition*, Cham, Springer, 2016, 241 pp.

Después de alrededor de quince años en los que la demografía histórica parecía haber agotado las posibilidades científicas abiertas por sus grandes avances de las décadas de los cincuenta y sesenta, en los últimos tiempos esta disciplina está viviendo una verdadera edad de plata. Distintos debates y análisis en la especialidad de historia económica están fundamentados en teorías y utilizan herramientas propias de la demografía histórica, con el neomaltusianismo como eje de muchos de los análisis actuales, al igual que diversas líneas de investigación en economía, política y sociología contemporáneas encuentran importantes apoyos en hipótesis y metodologías de la ciencia demográfica.

El reflejo de este renovado interés por la demografía y la demografía histórica es el importante incremento de los investigadores y los grupos de investigación en estas materias y el aumento de la colaboración entre los especialistas en ellas. En concreto, Sevilla acogió en diciembre de 2011 un encuentro de especialistas internacionales que presentaron y discutieron treinta comunicaciones, once de las cuales se editan ahora en el libro que aquí se reseña. Los editores que han seleccionado los trabajos publicados pueden ser considerados dos de los más importantes demógrafos históricos de ámbito mundial: Diego Ramiro Fariñas, del Instituto de Economía, Geografía y Demografía del Centro Superior de Investigaciones Científicas, y Michel Oris, catedrático de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Ginebra, donde en la actualidad ejerce el cargo de vicerrector. El resultado es un libro de enorme interés para cualquier persona interesada no solo específicamente por la demografía o la demografía histórica, sino también por la historia y el desarrollo económico, la epidemiología y otras áreas de conocimiento, que la solvencia académica de los autores y sus investigaciones convierten en imprescindible.

El libro tiene como principal objetivo la profundización en la evolución de la mortalidad en las ciudades como unidades espaciales de análisis con características propias, comparando estas con áreas rurales y estudiando las distintas pautas que la mortalidad ha seguido y sigue dentro de las mismas zonas urbanas, tanto como consecuencia de la existencia de diferentes grupos socioeconómicos, como por su propia condición de espacios dinámicos, vivos, constantemente sometidos al estrés del crecimiento económico y de la actuación del mercado, pero también del sector públi-

co y, especialmente, de los flujos migratorios. Su estructura divide el contenido en una introducción y tres grandes partes, dos de ellas centradas en la historia demográfica de distintas urbes europeas y una en cuestiones demográficas actuales en ciudades y países en vías de desarrollo, especialmente en el continente africano. Así, la excelente introducción a cargo de los editores en la que se presentan los distintos estudios que conforman la obra y hace un estado de la cuestión cuya lectura se hace necesaria para cualquier interesado en demografía completa la publicación.

El primer bloque de estudios se abre con un análisis de la mortalidad infantil en el Madrid de comienzos del xx y plantea el problema del impacto que organizaciones como los hospitales tienen en la sobremortalidad, que provocaría una acentuación ficticia de los diferenciales entre la ciudad y su hinterland. El Udine de los albores del siglo xix es la ciudad elegida por el segundo trabajo para estudiar la relación entre las condiciones socioeconómicas de la población urbana, medida a través de la calidad de las diferentes viviendas y áreas de la ciudad, y la mortalidad infantil. En el tercer capítulo se plantea el problema que supone la elevada movilidad de las familias dentro de la ciudad de Belfast para analizar la relación entre el estatus socioeconómico deducido de la calidad de la vivienda y la mortalidad. El cuarto trabajo explora el efecto de la emigración en los datos disponibles en los registros, y utiliza para ilustrar este fenómeno el caso de Guimarães.

El segundo bloque comienza con un estudio de la evolución de la mortalidad infantil en Ginebra a lo largo del xix, donde se analizan las variables que aumentan el riesgo individual de muerte en la ciudad. El siguiente trabajo muestra el diferencial rural-urbano de la mortalidad infantil en Alghero y la zona rural circundante, así como las diferencias existentes entre la ciudad vieja y los barrios nuevos, en los que se aplican las nuevas técnicas urbanísticas y sanitarias de finales del xix y comienzos del xx, que permite observar cómo, a pesar de que el diferencial social de la mortalidad continúa existiendo, se produjo un enorme avance en las clases sociales menos acomodadas. Esta parte del libro finaliza con el París de las décadas de 1880 a la Primera Guerra Mundial, con un riesgo mayor que el campo francés y, además, elevadísimas desigualdades que se explican a través de la distribución espacial del ingreso y la riqueza en la ciudad.

Por último, la tercera sección incluye un primer trabajo en el que, a través de encuestas demográficas y de salud de 86 países entre 1985 y 2009, se trata de demostrar que en las poblaciones urbanas la mortalidad infantil se asocia a bajos niveles de capital humano en los padres y a problemas de acceso a bienes públicos tales como servicios sanitarios y de salud e infraestructuras urbanas. A continuación, se analizan 90 encuestas demográficas de 37 países africanos para demostrar que desde mediados del siglo xx hasta 1985 hubo una *rural penalty* en el continente, mientras que a partir de entonces la caída de la mortalidad en el mundo rural continuó debido a los programas de vacunación y al acceso a otros tratamientos, pero se estancó en las ciudades como consecuencia de la mayor incidencia de enfermedades emergentes. En el tercer estudio el análisis de la mortalidad se centra en el fenómeno de los suburbios de las ciudades. Estos ejemplos de urbanización caótica aumentan el riesgo de muerte, especialmente en los niños, de forma que su esperanza de vida es similar e incluso inferior

a la de zonas rurales. Este trabajo hace hincapié en la existencia de grandes diferencias de salud en las ciudades, en las que los malos desempeños de determinados barrios y clases sociales reducen el ritmo de caída de la mortalidad en las zonas urbanas y donde la educación de los padres se convierte en una variable clave. En el capítulo final se estudia el caso de Uagadugú, en el que se observa que los niños de familias pobres y poco educadas tienen el doble de riesgo de morir que los niños de familias medias. Sin embargo, el riesgo de muerte de los adultos de clases acomodadas se ha incrementado en los últimos años debido a problemas cardiovasculares, accidentes y al VIH. De nuevo, la variable educación destaca como un importantísimo factor de reducción del riesgo.

Las aportaciones que este trabajo colectivo hace a los grandes debates de la demografía y la demografía histórica son muy relevantes, comenzando por el fenómeno de la existencia o no de *urban penalty* durante la industrialización. Así, el diferencial urbano-rural en la mortalidad no habría tenido grandes proporciones en el período preindustrial, pero los mayores riesgos para la salud que provocaron en las ciudades las peores condiciones de trabajo y vida durante las primeras etapas del proceso de modernización económica habrían aumentado la mortalidad y reducido la esperanza de vida en las áreas urbanas. Los avances urbanísticos, sanitarios, educativos y de acceso a infraestructuras y servicios en las ciudades, ocurridos entre finales del XIX y comienzos del XX, habrían cerrado la brecha e, incluso, dado la vuelta al diferencial. Este trabajo viene a confirmar este proceso, si bien algunos de los capítulos consideran que dicha penalización urbana puede estar sobrestimada debido a problemas metodológicos (los fallecimientos en instituciones sociosanitarias de individuos que no residían en ciudades como Madrid, por ejemplo) o a la incidencia de enfermedades en el campo como la malaria (en el caso de Alghero).

Otra de las cuestiones analizadas en profundidad es la existencia de diferenciales de mortalidad entre los propios grupos socioeconómicos dentro de las ciudades. Para abordar esta cuestión, los diferentes trabajos introducen variables como la riqueza, medida a través de *proxies* como la calidad de las viviendas o los diferentes barrios, el número de miembros de las familias, el nivel educativo, etc. Los resultados obtenidos muestran que, si bien las clases acomodadas han tenido mejores niveles de salud y solían ser los primeros en beneficiarse de los avances urbanísticos y sanitarios (los trabajos sobre París o Ginebra confirman la teoría de Link y Phelan), los efectos positivos de estos hicieron que las clases menos pudientes experimentaran con rapidez una reducción de su diferencial con las clases opulentas.

La siguiente gran aportación, a mi juicio, de este libro es la colaboración entre demógrafos históricos y demógrafos, permítaseme la expresión, «actuales». En efecto, los trabajos de la tercera parte de la obra corroboran que algunos de los problemas que tuvieron lugar en Europa en el siglo XIX se están repitiendo en los países en vías de desarrollo en la segunda mitad del siglo XX y en nuestro siglo XXI, como el incremento del riesgo para la salud que supone el hacinamiento, la deficiente planificación urbanística, las dificultades de acceso a servicios e infraestructuras sanitarias, los diferenciales socioeconómicos dentro de las ciudades o los problemas educativos. Los países en vías de desarrollo experimentaron el declive de la mortalidad en los años

cincuenta de la pasada centuria, cuando comienzan a aplicarse en estos países los nuevos conocimientos médicos y se dota a las ciudades de infraestructuras urbanas modernas. Así, durante varias décadas la mortalidad fue inferior a la que había en las zonas rurales, si bien desde los ochenta comenzó a reducirse la diferencia. Al igual que en la Europa del diecinueve, las diferencias entre las clases sociales dentro de las ciudades es muy significativa, y el caso extremo de los barrios de aluvión son el mejor ejemplo, probablemente un efecto de espejo de aquello que pudo ocurrir en los barrios de trabajadores de ciudades como Mánchester o Bilbao.

El interés de la lectura de este libro es mayor por cuanto prácticamente la totalidad de los capítulos abordan problemas metodológicos y heurísticos, tales como los efectos de las migraciones en los datos que los investigadores utilizamos en los cálculos de mortalidad, tal como apunta el trabajo de Guimarães, los propios movimientos que tienen las familias dentro de las ciudades, como se aprecia claramente en el caso de Belfast, la distorsión que produce la existencia de instituciones sociosanitarias en las ciudades, etc. Los investigadores apuntan estos y otros problemas y proponen soluciones que van a permitir avanzar a las siguientes generaciones de estudiosos, tales como la mezcla de fuentes históricas y actuales, la utilización de sistemas de información geográfica en estos estudios, la aplicación de bases de datos longitudinales, el desarrollo de nuevos modelos de evaluación del riesgo, etc.

Por último, hay que destacar que todos los trabajos consideran determinantes las variables educación e intervención pública, de manera que las líneas de investigación acerca del impacto de estas en el nivel de vida, especialmente demográfico, que en la actualidad están abiertas pueden aportar más luz a algunos de los interrogantes que todavía tenemos a nivel histórico y, de enorme relevancia también, en la implementación de políticas para solucionar los problemas que hoy en día existen en los países en vías de desarrollo.

JOSÉ JOAQUÍN GARCÍA GÓMEZ
Universidad de Almería